

Fuga andina

El libro de Tomás Lago, *"Ojos y oídos cerca de Neruda"*, incluye dos cartas que Neruda escribió a Delia del Carril, durante su travesía clandestina de la cordillera. Las cartas fueron entregadas al autor en custodia por la Homígniga. Neruda desborda en ellas entusiasmo por la naturaleza que tiene ante sus ojos. La primera carta alude a la partida al sur:

"El camión se paró empesadoramente. Bel es un gran volante, es decir, varía. Pronto me fui adelante mirando aldeas, caminos y cosas. En los pueblos me metía de bajo de los abrigos como turista camuflado. Llegamos a Valdivia. Allí pienso que un banquero me miró como reconociéndome, pero 'todo pasó sin que pasara nada'. Llegamos oscuro al embarcadero. Un camión del servicio Bel había perdido todo su inclinado. Nuestro camión también. Como caballo de guerra sospiró y perdió brío por un agujero que se compone ahora para el regreso... Una lancha nos llevó por el agua. Estaba todo oscuro. Manejaban guiándose por lo que saben. Grandes masas oscuras de islas, aguas y selva virgen que salían de la noche. Después de una soledad abrumadora, cyndados por golpes de escote (queda 1) llegamos a una ribera. Parecía otro mundo. Tabaré o más allá. Alumbaban una fogata para guiar a la embarcación, con caña y madera y desde lejos se veía la última montaña saliendo del agua y a la luz única del fuego irregular unas figuras minúsculas se convirtieron en hombres y mujeres a medida que atráncaban. Pronto los dejamos atrás en un tractor coloso, de esos que llevan en la cola un aneto en el que iban, y adelante una especie de villa de dentista escarlata en la que Bel avanzaba en las tinieblas, con veracidad, entre árboles colosales, hojas empujadas, raíces del tamaño de un edificio, en general, toda mi poesía".

En la segunda carta (20.3.49), Neruda cuenta que salió temprano a caballo: "Fue a buscar a mi joven amigo Luis Humberto (9 años), que cuida un rebaño de dos chanchos y quince chanchitos de no más de cinco días, especies de cururos, como fogatas lentas. Me pasó uno que chillaba como un condenado. Invité a Luis Humberto a cazar insectos y en especial el misterioso coléoptero del coigite y de la lama, un insecto muy raro, el más hermoso de la fauna chilena, que yo he visto en colección una sola vez... Apenas cruzamos un prado se elevaron once bandarrias, pájaros de maravilloso vuelo, del tamaño de gansos, pero de gris y blanco delicados, graznando con trompetas de bronce, de tremenda y hermosa timbre. Era sobrecolector oír a cerca de veinte metros de mí cabeza estos trompetazos metálicos inmensos".

En otro pasaje, el poeta cuenta que duerme en el segundo piso de una casa, cerca del techo, donde la lluvia toca para él "sus mejores fugas". Le informa además a su esposa que hay cierto trastorno porque el dueño del fundo, "un gran coléoptero" llamado José Rodríguez está por llegar y él, Neruda, tendrá que irse a vivir a una casa de indios en el bosque.

El plan de fuga no dejó de tener imperfecciones, según estas páginas. Se trabajó intensamente un gran abriendo camino a golpes de hacha en dirección a la frontera. La llegada de Victorino (Victor Bianchi),

amigo del poeta y funcionario del Ministerio de Tierras, produjo sereno al establecer que el trabajo realizado estaba dentro. Había otra ruta, expedita, que requería muy poca labor de despeje. Las instrucciones, además, indicaban de vaguadas que dificultaban las cosas. Se hablaba de un hotel, en el lado argentino, donde el fugitivo encontraría a tres hombres "bebiendo en la terraza". En ese pueblo, San Martín de los Andes, nunca hubo hotel con terraza. Tampoco luego, como indicaban las instrucciones, y el ferrocarril que Neruda debía tomar para seguir viaje a Buenos Aires no había llegado nunca hasta allí. Los viajeros cayeron simpáticos, sin embargo, sobre todo por los alegres canciones que cantaba Victorino acompañándose con su guitarra, de modo que el alcalde les allanó el viaje a Buenos Aires, donde el poeta dio a conocer su "Carta íntima para millones de personas", que tuvo difusión mundial. En ella el poeta describía la situación de virtual dictadura que vivía Chile.

Una de sus cartas incluye el siguiente juicio sobre su amigo Jorge Bello: "Bel es un gran lector de mi geología y me ha dicho algunas cosas que ningún crítico ha dicho. La verdad es que yo no escribo para los críticos, sino para los hombres con aserradero. Esta noche asistí a un ritual araucano".

Tertulias nerudianas

Los "ojos y oídos" de Tomás Lago aluden también a intensidades sociales del grupo que rodeaba a Neruda, el mismo que dio la batalla por su exilio a Chile. Se reunían en restaurantes, actos políticos o artísticos, o en sus casas. Se hablaba de política y de otros temas. El libro no omite los chistes, en que destacaba Fernando Silva, que recibía pellicoras de advertencia de la Homígniga cuando los chistes eran de color subido. Entre los proveedores de chistes estaban el novelista brasileño Jorge Amado y el poeta cubano Nicolás Guillén. La Homígniga advertía que en Praga esos cuentos no se podían contar "porque en las democracias populares no les gustan nada".

Neruda y Tomás Lago, amigos de siempre, conversaban sobre asuntos políticos y prácticos. ¿Dónde van a morir los pájaros? Omer Emery, el sabio, ha dicho en "El Arriador Universal" de "El Mercurio", que muere por lo general de muerte accidental, víctimas del apéndice de sus onomatopéyas. Neruda opina que es un misterio, por-

que nunca se encuentran aves muertas en ninguna parte. Tomás Lago, sin embargo, vio en la hacienda que perteneció a Bernardino Higgins, en Perú, una capa de gris de un metro de gruesos cueros a la orilla del mar.

En otra oportunidad, la conversación se endilga por caminos menos políticos, como la diferencia que hay entre las pelotas en Chile a puñetas, y en México, donde prevalece el arma de fuego. Se recordó el caso de un director de conservatorio, mexicano, que cierta vez dijo al músico Luciano Kroll sin ánimo de bromear: "¿Sabes que me estaba gustando para muerto?".

En dos ocasiones aparece en estas páginas el profesor Alejandro Lipichutz, a quien Neruda calificó en un artículo como el hombre más sabio de Chile. Primero en la jocosa situación que él celebra de buscar bajo una mesa unas llaves perdidas por la Homígniga. Luego, en su casa, mostrando fotos de familia, padres, hermanos, observando ante cada uno: "Asesinado por los nazis".

Pero la literatura está siempre en el tipo. Neruda admira la novela "Los desolados y los muertos", aunque su amigo, el escritor francés Louis Aragon, más imbuido de realismo socialista, ha dicho que a él le disgusta la forma atrevida en que Norman Mailer pinta ciertos horrores de la guerra. Tomás Lago aprovecha de aportar este juicio herético: "Kafka es un realista, aunque el partido diga otra cosa. Sus personajes los ha sacado del fondo de la vida moderna".

Un día se produce una discusión en el grupo sobre un neologismo muy en boga: "achupinarse". ¿De dónde deriva? ¿De esas carceres con que arranca Chaplin? La conversación viene a propósito de Homero Arce, el secretario de Neruda, que suele desaparecer sin aviso.

En el libro de Tomás Lago hay dos pasajes que constituyen pequeñas obras maestras. Una se refiere al autor de "Alonso", Pedro Prado, un crítico chileno y un hombre acudado. Tiene una acalorada discusión con Tomás Lago y el poeta sueña le-erle Lagos Lisboa, porque en su opinión los escritores vivos demasiado ocupados de problemas prosaicos como los derechos de autor, dejando en segundo plano la escritura de una obra sólida. Tanto se sulfura que está al borde de un síncope. Otro pasaje tiene como protagonista a Joaquín Edwards Bello, novelista y periodista. Conversa como quien disputa. Comentando los progresos del mundo, dice: "En Chile no puede existir nada de esto, estamos condenados a la oligarquía y, si sabes, la oligarquía se lo lleva todo". Asegura que los inquilinos de su padre tenían cubiertos de plata, a lo que agrega sin transición que "Chile es el gran productor de cobre del mundo y no tenemos nada". Crítica al ex embajador chileno en España, Rodríguez Merino, que no lo visitaba en Madrid porque le daba vergüenza pasar por un sitio donde había ropa tendida.

A Pedro Prado no le gustaba Pearson porque planeaba asientos de bicicleta y "son para andar en ellos y no para sentarse". Entre recuerdos se remontan a mediados de los años 30, cuando Santiago tenía un millón y medio de habitantes, coches nuevos y trauvas con caballos y calles donde se veía "gente a pie pelado y pajes de lomo y bastón".

S.V.

AUTORÍA

S. V.

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Fuga andina [artículo] S. V. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile